

—Bueno, señora Luisa—dije a la anciana, inclinándome para abrazarla, —rece usted mucho por mí.

Ella se puso a sollozar sin responderme. En pié, sobre el quicio de la puerta, junté en un solo abrazo sobre mi pecho las muchachas, que sollozaban mientras mis lágrimas rodaban por sus cabelleras. Cuando separándome de ellas me volví para buscar a Braulio y José, ninguno de los dos estaba en la salita; me esperaban en el corredor.

—Yo voy mañana—me dijo José, tendiéndome la mano.

Bien sabíamos él y yo que no iría. Luego que me soltó de sus brazos Braulio, su tío me estrechó en los suyos, y enjugándose los ojos con la manga de la camisa, tomó el camino de la roza al mismo tiempo que empezaba yo a andar seguido de Mayo, y haciendo una señal a Braulio para que no me acompañase.

LII

Descendía lentamente hasta el fondo de la cañada: sólo el canto lejano de las gurríes y el rumor del río turbaban el silencio de las selvas. Mi corazón iba diciendo un adiós a cada árbol del sendero, a cada arroyo que cruzaba. Sentado en la orilla del río, veía rodar su corriente a mis pies, pensando en las buenas gentes a quienes mi despedida acababa de hacer derramar tantas lágrimas; y dejaba gotear las mías sobre aquellas ondas que huían de mí como los días felices de aquellos seis meses. Media hora después llegué a la casa y entré al costurero de mi madre, en donde estaban solamente ella y Emma. Aun cuando haya pasado nuestra infancia, no por eso nos niega sus mimos una tierna madre; ahora nos faltan sus besos; nuestra frente marchita demasiado pronto quizá, no descansa en su regazo; su

voz no nos aduerme, pero nuestra alma recibe las caricias amorosas de la suya.

Más de una hora había pasado allí, y extrañando no ver a María, pregunté por ella.

—Estuvimos con ella en el oratorio—me respondió Emma;—ahora quiere que recemos cada rato; después se fué a la repostería: no sabrá que has vuelto.

Nunca me había sucedido regresar a casa sin ver a María pocos momentos después; y mucho temí que hubiese vuelto a caer en aquel abatimiento que tanto me desanimaba, para vencer el cual la había visto en los últimos ocho días hacer constantes esfuerzos. Pasada una hora, durante la cual estuve en mi cuarto, llamó Juan a la puerta para que fuera a comer. Al salir encontré a María apoyada en la reja del costurero que caía al corredor.

—Mamá no te ha llamado—me dijo el niño riendo.

—¿Y quién te ha enseñado a decir mentiras? María no te perdonará ésta.

—Ella fué la que me mandó—contestó Juan, señalándola.

Volvíme hacia María para averiguar la verdad, pero no me fué preciso, porque ella misma se acusaba con su sonrisa. Sus ojos brillantes tenían una apacible alegría que nuestro amor les había quitado; sus mejillas, el vivo sonrosado que las heroseaba durante nuestros retozos infantiles. Llevaba un traje blanco sobre cuya falda ondulaban las trenzas al más leve movimiento de su cintura o de sus pies, que jugaban con la alfombra.

—¿Por qué estás triste y encerrado?—me dijo, —yo no he estado así hoy.

—Tal vez sí—la respondí, por tener pretexto para examinarla de cerca aproximándome a la reja que nos separaba. Ella bajó los ojos fingiendo mudar de nuevo los largos cordones de suantal de gro azul; y cruzando luego las manos por detrás del talle, se recostó contra una hoja de la ventana, diciéndole:

- No es verdad.
—Lo dudaba, porque acabas de engañarme...
—¡Vea qué engaño! ¿Y puede ser bueno estar-se así encerrado para salir después hecho una noche?
—Me gusta verte tan valiente. ¿Y será bueno dejarte ver una hora después de que he llegado?
—¿Y las doce son horas de venir de la montaña? También es que yo he estado muy ocupada. Pero te ví cuando venías bajando. Por más señas, no traías escopeta, y Mayo se había quedado muy detrás.
—¿Conque muchas ocupaciones? ¿qué has hecho?
—De todo: algo bueno y algo malo.
—A ver.
—He rezado mucho.
—Ya me decía Emma que a todas horas quieres que te acompañen a rezar.
—Porque siempre que le cuento a la Virgen que estoy triste, ella me oye.
—¿En qué lo conoces?
—En que se me quita un poco esa tristeza y me dá menos miedo pensar en tu viaje. Te llevarás tu Dolorosita, ¿eh?
—Sí.
—Acompáñanos esta noche al oratorio y verás cómo es cierto lo que te digo.
—¿Qué es lo otro que has hecho?
—¿Lo malo?
—Sí, lo malo.
—¿Rezas esta noche conmigo y te lo cuento?
—Sí.
—Pero no se lo dirás a mamá, porque se enojaría.
—Prometo no decírselo.
—He estado planchando.
—¿Tú?
—Pues yo.
—¿Pero cómo haces eso?
—A escondidas de mamá.
—Haces bien en ocultarte de ella.
—Sí lo hago muy rara vez.

- Pero, ¿quē necesidad hay de estropear tus manos tan...?
—¿Tan qué?... ¡Ah! sí: ya sé. Fué que quise que llevaras tus más bonitas camisas planchadas por mí. ¿No te gusta eso? Sí, me lo agradeces, ¿eh?
—¿Y quién te ha enseñado a planchar? ¿Cómo se te ha ocurrido hacerlo?
—Un día que Juan Angel devolvió unas camisas a la criada encargada de eso, porque diz que a su amito no le parecían buenas, me fijé en ellas y le dije a Marceliná que yo iba a ayudarla para que te parecieran mejor. Ella creía que no tenían defecto, pero, estimulada por mí, le quedaron en lo sucesivo intachables, pues no volvió a suceder que las devolvieras, aunque yo no las hubiese tocado.
—Yo te agradezco muchísimo todos esos cuidados; pero no me imaginé que tuvieras fuerzas ni manos para manejar una plancha.
—Si hay una muy chiquita, y envolviéndola bien el asa en un pañuelo, no puede lastimar las manos.
—A ver cómo las tienes.
—Buenecitas, pues.
—Muéstralas.
—Si están como siempre...
—¿Quién sabe!
—Míralas.
—Las tomé en las mías y las acaricié las palmas, suaves como el raso.
—¿Tienen algo?—preguntó.
—No; pero pueden ponerse ásperas.
—No lo siento yo así. ¿Qué hiciste tú en la montaña?
—Sufrir mucho. Nunca creí que se afligieran tanto con mi despedida, ni que me causaría tanto pesar decirles adiós, particularmente a Braulio y las muchachas.
—¿Qué te dijeron ellas?
—¡Pobres! Nada, porque les ahogaban las lágrimas; demasiado decían las que no pudieron ocultarse... Pero no te pongas triste. He hecho mal en hablarte de eso. Que al recordar yo las

últimas horas que pasamos juntos, te pueda ver como hoy, resignada, casi feliz.

—Sí—dijo volviéndose para enjugarse los ojos, —yo quiero estar así... ¡Mañana, ya solamente mañana!... Pero como es domingo, estaremos todo el día juntos; leeremos algo de lo que nos leías cuando estabas recién venido; y debieras decirme cómo te agrada más verme, para vestirme de ese modo.

—Como estás en este momento.

—Bueno. Ya vienen a llamarte a comer... Ahora, hasta la tarde—agregó, desapareciendo.

Así solía despedirse de mí, aunque en seguida hubiésemos de estar juntos; por lo mismo que a mí, le parecía que estando rodeados de la familia, nos hallábamos separados el uno del otro.

LIII

A las once de la noche del 29 me separé de la familia y de María en el salón. Velé en mi cuarto hasta que oí el reloj dar la una de la mañana, primera hora de aquel día tan temido y que al fin llegaba; no quería que sus primeros instantes me encontrasen dormido. Con el mismo traje que tenía, me recosté en la cama cuando dieron las dos. El pañuelo de María, fragante aún con el perfume que siempre usaba ella, ajado por sus manos y humedecido con sus lágrimas, recibía sobre la almohada las que rodaban de mis ojos como de una fuente que jamás debía agotarse. Si las que derramo aún al recordar los días que precedieron a mi viaje, pudieran servir para mejorar mi pluma al historiarlos; si fuera posible a mi mente, tan sólo por un instante siquiera, sorprender a mi corazón todo lo doloroso de su secreto para revelarlo, las líneas que voy a trazar serían bellas para los que mucho han llorado, pero acaso funestas para mí. No nos es posible deleitarnos por siempre con un pesar ama-

do; como las de dolor, las horas de placer se van. Si alguna vez nos fuese concedido detenerlas, María hubiera logrado hacer más lentas las que antecedieron a nuestra despedida. ¡Pero ay! todas sordas a sus sollozos, ciegas ante sus lágrimas, volaron y volaban prometiendo volver. Un estremecimiento nervioso me despertó dos o tres veces en que el sueño vino a aliviarme. Entonces mis miradas recorrían ese cuarto ya desmantelado y en desorden por los preparativos de viaje, el cuarto donde esperé tantas veces las alboradas de días venturosos. Y procuraba conciliar de nuevo el sueño interrumpido, porque así volvía a verla tan bella y ruborosa como en las primeras tardes de nuestros paseos después de mi regreso, pensativa y callada como solía quedarse cuando ella hacía mis primeras confidencias, en las cuales casi nada se habían dicho nuestros labios y tanto nuestras miradas y sonrisas; confiándome con voz queda y temblorosa los secretos infantiles de su castísimo amor; menos tímidos al fin sus ojos ante los míos para dejarme ver en ellos su alma a trueque de que le mostrase la mía... El ruido de un sollozo volvía a estremecerme: el de aquel que, mal ahogado, había salido de su pecho esa noche al separarnos.

No eran las cinco todavía cuando después de haberme esmerado en ocultar las huellas de tan doloroso insomnio, me paseaba por el corredor obscuro aún. Muy pronto ví brillar luz en las rendijas del aposento de María, y luego oí la voz de Juan, que la llamaba.

Los primeros rayos del sol al levantarse trataban en vano de desgarrar la densa neblina que como un velo inmenso y vaporoso pendía desde las crestas de las montañas, extendiéndose flotante hasta las llanuras lejanas. Sobre los montes occidentales, limpios y azulados, amarillearon luego los templos de Cali, y al pié de las faldas blanqueaban, cual rebañíos agrupados, los pueblitos de Yumbo y Vijes. Juan Angel, después de haberme traído el café y ensillado mi caballo ne-

gro, que impaciente ennegrecía con sus pisadas el gramal del pie del naranjo a que estaba atado, me esperaba llorando, recostado contra la puerta de mi cuarto, las espuelas en una mano y los zamarros colgados de un brazo; al alcanzármelas, su lloro caía en gruesas gotas sobre mis pies.

—No llores—le dije, dando trabajosamente seguridad a mi voz,—cuando yo regrese ya serás hombre, y no te volverás a separar más de mí. Mientras tanto, todos te querrán mucho en casa.

Era llegado el momento de reunir todas mis fuerzas. Mis espuelas resonaron en el salón: éste estaba solo. Empujé la puerta entornada del costurero de mi madre, quien se lanzó del asiento en que estaba. Ella conocía que las demostraciones de su dolor podían hacer flaquear mi ánimo, y entre sollozo y sollozo trataba de hablarme de María y hacerme tiernas promesas.

Todos habían humedecido mi pecho con su lloro. Emma, que había sido la última, conociendo qué buscaba yo a mi alrededor al desasirme de sus brazos, me señaló la puerta del oratorio y entré en él. Sobre el altar irradiaban su resplandor amarillento dos luces. María, sentada en la alfombra, sobre la cual resaltaba el blanco de su ropaje, dió un débil grito al sentirme, volviendo a dejar caer la cabeza destrenzada sobre el asiento en que la tenía reclinada cuando entré. Ocultándome así el rostro, alzó la mano derecha para que la tomase; medio arrodillado, la bañé en lágrimas, y la cubrí de caricias; mas al ponerme en pie, como temerosa de que me alejase ya, se levantó de súbito para asirse sollozante de mi cuello. Mi corazón había guardado para aquel momento casi todas sus lágrimas. Mis labios descansaron sobre su frente... María sacudiendo estremecida la cabellera, y escondiendo en mi pecho la faz, extendió uno de sus brazos para señalarme el altar. Emma, que acababa de entrar, la recibió inanimada en ademán suplicante de que me alejase. Y obedecí.

LIV

Dos semanas hacía que estaba yo en Londres, y una noche recibí cartas de mi familia. Rompí con mano trémula el paquete, cerrado con el sello de mi padre. Había una carta de María. Antes de desdoblarla, busqué en ella aquel perfume, demasiado conocido para mí, de la mano que la había escrito: aún lo conservaba, en sus pliegues iba un pedacito de cáliz de azucena. Mis ojos nublados quisieron inútilmente leer las primeras líneas. Abrí uno de los balcones de mi cuarto, porque parecía no serme suficiente el aire que había en él. ¡Rosales del huerto de mis amores! ¡Montañas americanas, montañas mías!... ¡noches azules! La inmensa ciudad rumorosa aún y medio embozada por su ropaje de humo, semejaba dormir bajo los densos cortinajes de un cielo plomizo. Una ráfaga de cierzo azotó mi rostro, penetrando en la habitación. Aterrado, junté las hojas del balcón; y solo con mi dolor, al menos, lloré largo tiempo, rodeado de obscuridad.

He aquí algunos fragmentos de la carta de María:

«Mientras están de sobremesa en el comedor, después de la cena, me he refugiado en tu cuarto para escribirte. Aquí es donde puedo llorar sin que nadie venga a consolarme; aquí, donde me figuro que puedo verte y hablar contigo. Todo está como lo dejaste, porque mamá y yo hemos querido que esté así; las últimas flores que puse en tu mesa han ido cayendo marchitas en el fondo del florero; ya no se vé una sola; los asientos en los mismos sitios; los libros como estaban, y abierto sobre la mesa el último en que leíste; tu traje de caza donde lo colgaste al volver de la montaña la última vez; el almanaque mostrando siempre ese 30 de enero ¡ay! ¡tan temido, tan espantoso y ya pasado!

»Ahora mismo las ramas florecidas de los rosales de tu ventana entran como a buscarte, y tiemblan al abrazarlas yo diciéndolas que volverás.

»¿Dónde estarás? ¿Qué harás en este momento? De nada me sirve haberte exigido tantas veces me mostraras en el mapa cómo ibas a hacer el viaje, porque no puedo figurarme nada. Me dá miedo pensar en ese mar que todos admiran, y para mi tormento, te veo siempre en medio de él. Pero después de tu llegada a Londres, vas a contármelo todo; me dirás cómo es el paisaje que rodea la casa en que vives; me describirás minuciosamente tu habitación, sus muebles, sus adornos; me dirás qué haces todos los días, cómo pasas las noches, a qué horas estudias, en cuáles descansas, cómo son tus paseos, y en qué ratos piensas más en tu María. Vuélveme a decir qué horas de aquí corresponden a las de allá, pues se me ha olvidado.

»José y su familia han venido tres veces desde que te fuiste. Tránsito y Lucía no te nombran sin que se llenen los ojos de lágrimas; y son tan dulces y cariñosas conmigo, tan finas si me hablan de tí, que apenas es creíble. Ellas me han preguntado si a donde estás tú llegan las cartas que se te escriben, y alegres al saber que sí, me han encargado que te diga en su nombre mil cosas.

»Ni Mayo te olvida. Al día siguiente de tu marcha, recorría desesperado la casa y el huerto, buscándote. Se fué a la montaña, y a la oración, cuando volvió, se puso a aullar, sentado en el cerrito de la subida. Le ví después acostado a la puerta de tu cuarto; se la abrí y entró lleno de gusto; pero no encontrándote después de haber husmeado por todas partes, se me acercó otra vez triste, y parecía preguntarme por tí con los ojos, a los que sólo les faltaba llorar; y al nombrarte yo, levantó la cabeza, como si fuera a verte entrar. ¡Pobre! Se figura que te escondes de él, como lo hacías algunas veces para impacientarlo, y entra en todos los cuartos andando

paso a paso y sin hacer el menor ruido, esperando sorprenderte.

»Anoche no concluí esta carta porque mamá y Emma vinieron a buscarme; ellas creen que me hace daño estar aquí, cuando si me impidieran estar en tu cuarto, no sé qué haría. Juan se despertó esta mañana preguntándome si habías vuelto, porque dormida me oye nombrarte. Nuestra mata de azucenas ha dado la primera, y dentro de esta carta va un pedacito. ¿No es verdad que estás seguro de que nunca dejará de florecer? Así necesito creerlo, así creo que el rosal dará las rosas más lindas del jardín.»

LV

Durante un año, tuve dos veces cada mes carta de María. Las últimas estaban llenas de una melancolía tan profunda, que, comparadas con ellas, las primeras que recibí parecían escritas en nuestros días de felicidad. En vano había tratado de reanimarla diciéndola que esta tristeza destruiría su salud, por más que hasta entonces hubiese sido tan buena como me lo decía; en vano.

«Ya sé que no puede faltar mucho para que te vea, me había contestado; desde ese día yo no podré estar triste; estaré siempre a tu lado... No, no; nadie podrá volver a separarnos.»

La carta que contenía estas palabras fué la única que recibí de ella en dos meses. En los últimos días de junio, una tarde se me presentó el señor A***, que acababa de llegar de París, a quien no había visto desde el pasado invierno.

—Le traigo a usted cartas de su casa—me dijo, después de haberme abrazado.

—¿De tres correos?

—De uno solo. Debemos hablar algunas palabras antes—observó reteniendo el paquete.

Noté en su semblante algo siniestro que me turbó.

—He venido—añadió, después de haber paseado silencioso algunos instantes por el cuarto,—para ayudarle a usted a disponer su regreso a América.

—¡Al Cauca!—exclamé, olvidado por un momento de todo, menos de María y de mi país.

—Sí—me respondió,—pero ya habrá usted adivinado la causa.

—¡Mi madre!—prorrumpí desconcertado.

—Está buena—respondió.

—¿Quién, pues?—grité, asiendo el paquete que sus manos retenían.

—Nadie ha muerto.

—¡María! ¡María!—exclamé, como si ella pudiera acudir a mis voces, y caí sin fuerzas sobre el asiento.

—Vamos—dijo procurando hacerse oír, el señor A***.—Para eso fué necesaria mi venida. Ella vivirá si usted llega a tiempo. Lea usted las cartas, que ahí debe venir una de ella.

«Vente—me decía,—ven pronto, o me moriré sin decirte adiós. Al fin me consienten que te confiese la verdad; hace un año que me mata, hora por hora, esta enfermedad de que la dicha me curó por unos días. Si no hubiera interrumpido esta felicidad, habría vivido para tí.

»Si vienes... sí, vendrás, porque yo tendré fuerza para resistir hasta que te vea; si vienes, hallarás solamente una sombra de María; pero esa sombra necesita abrazarte antes de desaparecer. Si no te espero, si una fuerza más poderosa que mi voluntad me arrastra sin que tú me animes, sin que cierres mis ojos, a Emma le dejaré para que te lo guarde, todo lo que yo sé te será amable: las trenzas de mi cabellos, el guardapelo en donde están los tuyos y los de mi madre, la sortija que pusiste en mi mano en víspera de irte, y todas tus cartas.

»Pero, ¿a qué afligirte diciéndote todo esto? Si vienes, yo me alentaré; si vuelvo a oír tu voz, si tus ojos me dicen un solo instante lo que ellos solos sabían decirme, yo viviré y volveré a ser

como antes era. Yo no quiero morirme; yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre».

—Acabe usted—me dijo el señor A*** recogiendo la carta de mi padre, caída a mis pies.—Usted mismo conocerá que no podemos perder tiempo.

—Mi padre decía lo que yo había sabido ya demasiado cruelmente. Los médicos tenían sólo una esperanza de salvar a María: la que les hacía conservar mi regreso. Ante esa necesidad, mi padre no vacilaba; ordenaba mi marcha precipitada, y se disculpaba por no haberla dispuesto antes. Dos horas después, salí de Londres.

EVI

Hundíase en los confines nebulosos del mar de la India el sol de 25 de julio, llenando el horizonte de resplandores de oro y rubí, persiguiendo con sus rayos horizontales hasta las olas azuladas que iban como fugitivas a ocultarse bajo las selvas sombrías de la costa. La «Emilia López», a bordo de la cual venía yo de Panamá, fondeó en la bahía de Buenaventura, después de haber jugueteado sobre la alfombra marina acariciada por brisas del litoral. Para los que la veían desde la costa, la bella goleta debía asemejarse a una linda campesina que en traje de lujo recorre preurosamente el prado de su granja, recogiendo flores para engalanarse en la fiesta de la noche. Reclinado sobre el barandal de cubierta, contemplé esas montañas a vista de las cuales sentía renacer tan dulces esperanzas. Diecisiete meses antes, rodando a sus pies, impulsado por las corrientes tumultuosas del Dagua, mi corazón había dicho un adiós a cada una de ellas, y su soledad y silencio habían armonizado con mi dolor. Estremecida por las brisas, temblaba en mis manos una carta que había recibido de María en Panamá, la cual volví a leer a la luz del mori-

bundo crepúsculo. Acaban de recorrerla mis ojos... Amarillenta ya, aun parece húmeda con mis lágrimas de aquellos días.

«La noticia de tu regreso ha bastado a devolverme las fuerzas. Ya puedo contar los días, porque cada uno que pasa acerca más aquel en que he de volver a verte. Hoy ha estado muy hermosa la mañana, tan hermosa como esas que no has olvidado.

»Hice que Emma me llevara al huerto; estuve en los sitios más queridos y me sentí casi buena bajo esos árboles, rodeada de todas esas flores, viendo correr el arroyo, sentada en el banco de piedra de la orilla. Si esto me sucede ahora, ¿cómo no habré de alentarme cuando vuelva a recorrerlo acompañada por tí? Acabo de poner azucenas y rosas de las nuestras al cuadro de la Virgen, y me ha parecido que ella me miraba más dulcemente que de costumbre, y que iba a sonreír. Pero quieren que vayamos a la ciudad, porque dicen que allá podrán asistirme mejor los médicos: yo no necesito otro remedio que verte a mi lado para siempre.

»Yo quiero esperarte aquí; no quiero abandonar todo esto que amabas, porque se me figura que a mí me lo dejaste recomendado y que me amarías menos en otra parte. Suplicaré para que papá demore nuestro viaje, y mientras tanto llegarás. Adiós».

Los últimos renglones eran casi ilegibles. El bote de la aduana, que al echar ancla la goleta había salido de la playa, estaba ya inmediato.

—¡Lorenzo!—exclamé al reconocer al amigo querido en el gallardo mulato que venía de pie en medio del administrador y del jefe del resguardo.

—Allá voy—contestó.

Y subiendo precipitadamente la escala, me estrechó en sus brazos.

—No lloremos—dijo enjugándose los ojos con una de las puntas de su manta y esforzándose

para sonreír,—nos están viendo, y estos marineros tienen el corazón de piedra.

Ya en medias palabras me había dicho lo que con mayor ansiedad deseaba saber: María estaba mejor cuando él salió de casa. Aunque hacía dos semanas que me esperaba en Buenaventura, no habían venido cartas para mí sino las que él trajo, seguramente porque la familia me aguardaba de un momento a otro. Lorenzo era esclavo. Compañero fiel de mi padre en los viajes frecuentes que éste hizo durante su vida comercial, todos los de la familia le amábamos, gozaba en casa fueros de mayordomo y consideraciones de amigo. Su fisonomía y talante mostraban su vigor y su franco carácter: alto y fornido, tenía la frente espaciosa y con entradas, hermosos ojos sombreados por cejas crespas y negras, recta y elástica nariz, bella dentadura, carifiosas sonrisas y barba enérgica. Verificada la visita de ceremonia del administrador del buque, la cual había precipitado suponiendo encontrarme en él, se puso mi equipaje en el bote, y yo salté a éste con los que regresaban, después de haberme despedido del capitán y de algunos de mis compañeros de viaje. Cuando nos acercábamos a la ribera, el horizonte se había ya entenebrecido: olas negras, tersas y silenciosas pasaban meciéndonos, para perderse de nuevo en la obscuridad; luciérnagas sin número revoloteaban sobre el crespón rumoroso de las selvas de las orillas. El administrador, sujeto de alguna edad, obeso y rubicundo, era amigo de mi padre. Luego que estuvimos en tierra, me condujo a su casa y me instaló él mismo en el cuarto que tenía preparado para mí. Después de colgar una hamaca corozaleña, amplia y perfumada, salió, diciéndome antes:

—Voy a disponer el despacho de tu equipaje, y a dar órdenes más importantes y urgentes al cocinero, porque supongo que las bodegas y reposaría de la «Emilia» no vendrían muy recargadas: me ha parecido hoy muy retozona.

María.—17

Aunque el administrador era padre de una bella e interesante familia establecida en el interior del Cauca, al hacerse cargo del destino que desempeñaba, no se había resuelto a traerla al puerto, por mil razones que me tenía dadas y que yo, a pesar de mi inexperiencia, hallé incontestables. Las gentes porteñas le parecían cada día más alegres, comunicativas y despreocupadas; pero no encontraría grave mal en ello, puesto que después de algunos meses que permanecía en la costa, el mismo administrador se había contagiado de aquella despreocupación. Después de un cuarto de hora que yo empleé en cambiar mi traje de a bordo, el administrador volvió a buscarme; tenía ya en lugar de su traje de ceremonia, pantalón y chaqueta de intachable blancura: su chaleco y corbata habían empezado una nueva temporada de obscuridad y abandono.

—Descansarás un par de días aquí antes de seguir tu viaje—dijo llenando dos copas de brandy que tomó de una hermosa fresquera.

—Pero es que yo no necesito ni puedo descansar—le observé.

—Toma el brandy; es un excelente Martell; ¿o prefieres otra cosa?

—Yo creí que Lorenzo tenía preparadas bogas y canoas para madrugar mañana.

—Ya veremos. ¿Conque, prefieres ginebra, o ajeno?

—Lo que usted guste.

—Salud, pues—dijo convidándome.

Y después de vaciar de un trago la copa:

—¿No es superior?—preguntó guiñando un ojo, y produciendo con la lengua y el paladar un ruido semejante al de un beso sonoro,

Y añadió:

—Ya se vé que habrás saboreado el añejo de Inglaterra.

—En todas partes abrasa al paladar. ¿Conque podré madrugar?

—Si todo es una broma mfa—respondió acostándose descuidadamente en la hamaca y limpián-

dose el sudor de la garganta y de la frente con un gran pañuelo de seda de la India, fragante como el de una novia.—¿Conque abrasa, eh? Pues el agua y eso son los únicos médicos que tenemos aquí, salvo la mordedura de alguna víbora.

—Hablemos de veras: ¿qué es lo que usted llama una broma?

—La propuesta de que descanses, hombre. ¿Se te figura que tu padre se ha dormido para recomendarme que tuviera todo preparado para tu marcha? Va para quince días que llegó Lorenzo, y hace ocho que están listos dos bogas y ranchada la canoa. Lo cierto es que he debido ser menos puntual, y habría logrado de esa manera que te dejaras ajenejar por mí un par de días.

—¡Cuánto le agradezco su puntualidad! Rióse ruidosamente, impulsando la hamaca para darse aire, diciéndome al fin:

—Mal agradecido.

—No es eso: usted sabe que no puedo, que no debo entretenerme ni una hora más de lo indispensable; que es urgente que llegue a casa cuanto antes...

—Sí, sí; es verdad; sería un egoísmo de mi parte—dijo ya serio.

—¿Qué sabe usted?

—La enfermedad de una de las señoritas... ¿Pero recibirías las cartas que envié a Panamá?

—Sí, gracias, a tiempo de embarcarme.

—¿No te dicen que está mejor?

—Eso dicen.

—¿Y Lorenzo?

—Dice lo mismo.

Pasado un momento que ambos guardamos silencio, el administrador gritó incorporándose en la hamaca:

—¡Marcos! ¡la comida!

Un criado entró luego a anunciarnos que la mesa estaba servida.

—Vamos—dijo mi huésped poniéndose en pié, —hace hambre; si hubieras tomado el brandy, tendrías buen apetito. ¡Hola!—agregó a tiempo

que entrábamos al comedor y dirigiéndose a un paje,—si vienen a buscarnos, dí que no estamos en casa. Es necesario que te acuestes temprano, para poder madrugar—me observó, señalándome el asiento de la cabecera.

El y Lorenzo se colocaron a uno y a otro lado del mío.

—¡Diantre!—exclamó el administrador cuando la luz de la lámpara de la mesa bañó mi rostro;—¿qué bozo has traído? Si no fueras moreno, se podría jurar que no sabes dar los buenos días en español. Se me figura que estoy viendo a tu padre cuando él tenía veinte años; pero me parece que eres más alto que él; sin esa seriedad, heredada sin duda de tu madre, creería estar con el judío la noche que por primera vez desembarcó en Quibdó. ¿No te parece, Lorenzo?

—Idéntico—respondió éste.

—Si hubieras visto—continuó mi huésped dirigiéndose a él,—el afán de nuestro inglesito luego que le dije que tendría que permanecer conmigo dos días... Se impacientó hasta decirme que mi brandy abrasaba no sé qué... ¡Caracoles! temí que me regañara. Vamos a ver si te parece lo mismo este tinto, y si logramos que te haga sonreír. ¿Qué tal?—añadió, después que probé el vino.

—Temblando estaba de que le hicieras ascos, porque es lo mejor que he podido conseguir para que tomes el río.

La jovialidad del administrador no flaqueó un instante durante dos horas. A las nueve permitió que me retirase, prometiéndome estar en pie a las cuatro de la mañana para acompañarme al embarcadero. Al darme las buenas noches, agregó:

—Espero que no te quejarás mañana de las ratas como la otra vez; una mala noche que te hicieron pasar, les ha costado carísimo: las he hecho, desde entonces, guerra a muerte.

LVII

A las cuatro llamó el buen amigo a mi puerta y hacía una hora que le esperaba yo, listo para marchar. El, Lorenzo y yo nos desayunamos con brandy y café, mientras los bogas conducían a las canoas mi equipaje, y poco después estábamos todos en la playa. La luna, grande y en su plenitud, descendía ya al ocaso, y al aparecer bajo las negras nubes que la habían ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de la ribera y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandos de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria.

—¿Y ahora hasta cuándo?—me dijo el administrador correspondiendo a mi abrazo de despedida con otro apretado.

—Quizá volveré muy pronto—le respondí.

—¿Regresarás, pues, a Europa?

—Tal vez.

El alegre sujeto me pareció melancólico en aquel momento.

Al alejarse de la orilla la canoa ranchada, en la cual íbamos Lorenzo y yo, gritó:

—¡Muy buen viaje!

Y dirigiéndose a los bogas:

—Cortico, Laureán... Cuidármelo como cosa mía.

—Sí, mi amo—contestaron a dúo los negros.

A dos cuádras estaríamos de la playa, y creí distinguir la blanca silueta del administrador, inmóvil en el mismo sitio en que acababa de abrazarme. Los resplandores amarillentos de la luna, melados a veces, fúnebres siempre, nos acompañaron hasta después de haber entrado a la embocadura del Dagua. Permanecía yo en pie a la puerta del rústico camarote, bóveda de techumbre cilíndrica formada con matambas, bejucos y hojas de rabiahorcado que en el río llaman ran-